

La verdad que educa al hombre. Bajo dos miradas filosóficas: María Zambrano y Gabriel Marcel.

Luis Armando Aguilar Sahagún¹

*La verdad:
Dura palabra
Mirada de niña adormecida
La verdad tiene azorados ojos redondos*

*Francisco Hardi-Burdiman, a su hija Aletheia
(1993-)*

El autor del presente artículo plantea que la verdad que educa al hombre es la verdad sin más. Este planteamiento es realizado desde María Zambrano, que entendió que la verdad es la revelación de la vocación del hombre, y desde Gabriel Marcel, quien se aproximó a la verdad desde el misterio que envuelve al hombre comprometido con los demás en una búsqueda común.

La intuición que le da título a este trabajo será expuesta a manera de hipótesis que se podría enunciar igualmente como una máxima más o menos evidente: la verdad educa al hombre. El acercamiento que se presenta para validarla no es, como pudiera parecer, de índole exclusiva ni principalmente epistemológica. Esta tarea, de enorme importancia para la educación. La difícil cuestión de la verdad será enfocada bajo una intención que toca al ámbito de la antropología y la ética y que remite, inevitablemente, al de la metafísica.

Parece oportuno, justo en medio de lo que se ha llamado el *impasse postmoderno*², enfrentar la cuestión de la verdad, por cuanto importa a la

1. Miembro del Instituto de Filosofía (IFFIM), Guadalajara, México.

2. Cf. David Carr, *Education, Knowledge and Truth, Beyond the postmodern impasse*, Routledge Internacional Studies in the Philosophy of Education, Londres, 1988.

educación desde una perspectiva que abarca más que el ámbito del conocimiento.

Cabría preguntar: ¿Cuál es la situación del hombre actual respecto de la verdad? ¿Cómo sería el mundo si fuéramos educados en la verdad? ¿Es la verdad algo exterior a nosotros mismos o algo interior? ¿Cómo nos educa la verdad?

Parece que la verdad está en peligro, puede ser olvidada por la educación, sepultada por el mundo de la opinión, de los medios, del clima creado por la vida moderna, por el exceso de información, de medias verdades, de un no saber que hacer con la técnica, de un desarraigo de la tradición, entre otros factores. También puede estar en riesgo, el más importante de ellos, que es, a mi modo de ver, el amor a la verdad de que somos capaces, que no muere aun en medio del clima incierto en que vivimos, de la infección de un escepticismo que nos hace perder la confianza en nuestra propia capacidad de verdad (*Homo capax veritate*). El dogmatismo, el fundamentalismo, son otros grandes factores que pueden sofocar este impulso. En este contexto parece urgente recordar esta condición, asumiendo con sobriedad y una buena dosis de ese sano escepticismo que, creo, forma parte de esa búsqueda que nos lleva, en último término, a asumir la incomprendibilidad del mundo, como trasfondo de todo cuanto sabemos y podemos llegar a saber de él, en sus múltiples verdades, muchas de ellas indiscernibles para la mayoría de los ciudadanos.

La hipótesis, pues, que aquí se explorará puede formularse en los siguientes términos:

La verdad que educa al hombre es la verdad sin más. El hombre es educado por la verdad, y cuanto más encarnada y concreta es ésta, tanto mejor lo educa. Y cuanto más ama el hombre la verdad, más educado es por ella. La exposición consta de cinco partes. Tras una breve nota aclaratoria, se indaga el sentido de esta idea bajo dos perspectivas: la verdad entendida como revelación de la vocación del hombre, de acuerdo con el pensamiento de María Zambrano (1904-1996) y la del filósofo francés Gabriel Marcel (1889-1973) quien se aproxima a la verdad como el misterio que envuelve al hombre comprometido con los otros en una búsqueda común, la verdad como lo que mueve y acompaña esa búsqueda amistosa y el término de la misma, al que se accede en gratuidad. Posteriormente se expone el sentido en que la verdad puede educar al hombre en el contexto del mundo actual. Al final se presentan algunas conclusiones.

1. Educar en la verdad.

Educere, como es sabido, significa extraer, obtener. En este sentido elemental, pero de enorme trascendencia, la hipótesis enunciada implica un doble movimiento, hacia el interior y hacia lo exterior del hombre; la verdad que mejor nos educa nos permite volver sobre nosotros mismos, a lo más profundo que haya en nosotros, ahí donde ya no somos más nosotros mismos.

Esa verdad, a su vez, es la que más nos permite salir de nosotros mismos, salir a lo otros, a la realidad, en última instancia, a esa realidad Otra que está por encima de cuanto podemos conocer y captar con nuestras solas facultades intelectuales, pero cuya existencia podemos barruntar, la realidad del misterio sagrado al que llamamos Dios.

En este sentido, creo que puede hablarse de que hay una experiencia de la verdad. Experiencia, en primer lugar, de nuestros límites y posibilidades. Las verdades que más nos educan son las que nos ponen frente a nuestros límites. En ellos, descubrimos la posibilidad de rebasarlos. El primer límite, es la estructura egocéntrica del sujeto. Cuando salimos de nosotros mismos- en el orden intelectual, afectivo o volitivo-, somos educados por la verdad. Entonces somos capaces de descubrir la realidad, a la que estamos volcados; de descubrir, también, la realidad de los demás, de los otros, de quienes, en buena medida, recibimos lo que somos; de descubrir, así mismo, que somos más, que hay en nuestro ser más de lo que empírica o biográficamente podemos constatar, que el camino de vuelta sobre nosotros mismos es un camino que nos puede conducir más allá de nosotros mismos, al fondo de eso que llamamos nuestra intimidad, al “*interior intimo meo*” que llamaba San Agustín.

Esto ocurre, creo, en cada situación concreta, en todo interrogar sobre las cosas y en recibir de ellas una respuesta en que se establece un acuerdo con ellas, como afirma Xavier Zubiri.³ Entonces somos capaces de descubrir que sólo somos con los demás y desde ellos, y que la verdad sólo puede ser una empresa común, que siempre nos rebasa, que es un ideal, como afirman Emmanuel Kant y, más recientemente, Mauricio Beuchot.

2. La verdad como revelación.

La verdad puede ser entendida con la metáfora de la luz, como ocurre en varios autores griegos, el Evangelio de San Juan, en San Agustín y en una larga tradición. En ella se inscribe la búsqueda de María Zambrano y de Gabriel Marcel, los dos filósofos a quienes me referiré en particular.

3. Cf. Zubiri, Xavier, *Naturaleza, Hombre, Dios*, Editora Nacional, Madrid, p. 16.

Se ha dicho que toda la obra de Zambrano puede ser entendida como una respuesta a la “noche oscura de lo humano” (La agonía de Europa, 1945). Una historia en que se dejaron de ver las cosas, en la que se legisló y ordenó la realidad a costa de sojuzgarla mediante la pregunta por el ser, de reducirla a un núcleo esencial y unitario que ahoga la experiencia viva; en la que la mediación con la naturaleza supuso una disolución secular de lo divino, que dejó al descubierto los abismos de lo sagrado en su expresión más bruta; la existencia humana queda proyectada en la historia de una libertad sometida a una inercia sacrificial que no se puede detener (Persona y democracia). Este es el diagnóstico que hace Zambrano del humanismo occidental, desde Platón a Nietzsche, quien con su nihilismo desenmascara y anuncia la recaída en lo más hermético y opaco de la realidad, produciendo así el suicidio de Occidente.

Esta pensadora buscaba las condiciones de posibilidad de todo pensamiento lógico y analítico, y lo encontró en la intuición, en el más amplio sentido del término, como el recurso de una razón integral, de una revelación no dogmática, semejante a una “avenida de lejana perspectiva”.⁴

Zambrano habla de un “saber auroral”, un saber de lo aún no nacido en el hombre, desde su ser finito, siempre irresuelto. De las “entrañas no esclarecidas” y de las “esperanzas enredadas en las ruinas de la historia”, frente al reduccionismo que busca reconciliar razón y realidad, que identifica la realidad con lo que racionalmente es posible conocer de ella, en el sentido del racionalismo, del idealismo e incluso de la fenomenología de Husserl. (El caso del exilio, por ejemplo, que, aunque es, resulta ininteligible).

Zambrano lleva a cabo una crítica de la razón occidental, y se adentra en lo que ha quedado relegado por ella, “su alma y su rostro, sus íferos y sus sombras” como “formas íntimas de la vida”, en las categorías del ser que han quedado anegados bajo la noción falsificadora de experiencia que ha dominado en Occidente: el tiempo, el amor, el rencor, la piedad, la nada, la muerte, “las entrañas”. Al modo de intelección de esta verdad Zambrano lo llama “razón poética”, cuyo objeto propio es la realidad poética. “La realidad más poética es lo sagrado.”, que es “lo otro de la razón.” La razón poética es el método, el horizonte que permite dar con el ser de la persona y que hace posible que ésta pueda crearse.

La verdad, diría María Zambrano, es revelación, una revelación que se padece, es acceder al interior a “lo más real de la vida.”⁵ Para esta pensadora, el

4. Cf. Zambrano, María, *Horizontes del liberalismo*, Madrid, Morata, 1986, pp. 227.

5. Cf. Ricoeur, Paul, *La metáfora viva*, Ediciones Europa, Madrid, 1980.

hombre es un ser escondido que ha de ir revelándose en su vida.⁶ La vida, la de cada cual, tiene su verdad, una verdad viviente, “del tránsito, del estarse yendo hacia”, del trascender. Esta verdad se actualiza en un estar con los demás, como futuro a descubrir, no como realidad presente, totalmente agotada en su ser. El hombre ha de realizarse y se realiza revelándose, cumpliendo su verdad.

La verdad se revela, es decir, es gracia, en la intelección se actualiza una presencia como donación. Para recibirla, el hombre, ha de entregarse a ella. El hombre aprende, de este modo, a tratar con lo sagrado y, así, a realizar su vida.

Lo sagrado es el sustrato más hondo de la realidad, que se manifiesta de múltiples maneras. La persona es una de ellas, la más radical, la más encarnada. Su revelación supone un “descenso a los infiernos”, “volver a las entrañas” en un proceso, temporal, histórico, que dura toda la vida.

Para hacer su vida el hombre necesita descubrir su propia verdad. Esto quiere decir, obedecer a la voz interna que la va llamando a ser y a vivir de determinada manera. Esa voz pide obediencia “en un constante y creciente ir haciendo, haciendo eso que la llamada pide, declarándolo y otras veces, insinuándolo, más exigiéndolo siempre.”⁷

La vocación es algo distinto del hombre, es la respuesta a la llamada de una voz que pide que el hombre salga de sí, trascienda. Es, pues, un proceso con dos movimientos, un adentrarse y un manifestarse tan enteramente como sea posible. “Es un recogerse para luego volcarse; un ensimismarse para manifestarse con mayor plenitud”.⁸ La vocación pide que el hombre se sacrifique por ella.

La voz de la vocación es la de la verdad. No la verdad en abstracto, la verdad puramente teórica o mirada como en un espejo, sino “con algo que ha de tener sus raíces en la zona afectiva, ya que, como es sabido, es el sentimiento el que impulsa la voluntad, el verdadero motor.”⁹

“En la vocación se revela de modo privilegiado la esencia trascendente del hombre y su realización concreta. En ella aparecen unidos los planos y estancias del ser y de la realidad, del hombre y de su vida”, que integran la totalidad del hombre.¹⁰ La vocación, como verdad, es lo que le da unidad al ser, a la realidad y a la vida. “La vocación hace que la razón se concrete,

6. Zambrano, María, *La España de Galdós*, Taurus, Madrid, 1960, p. 16. Citado por Gregorio López Cambres, “La autora de la razón poética”, *Agora*, Granada, 2000, p. 78.

7. Zambrano, María, *Persona y Democracia*, p. 103.

8. Cf. Zambrano, María, *La vocación del Maestro*, p. 125.

9. Ídem.

10. Ídem, p. 127.

se encarne, diríamos, que la vida se sustancialice y se realice a la par, uniendo así, vida, ser y realidad.” (Ídem). La vida, que había quedado sepultada por el idealismo; el ser, olvidado a costa de la verdad, por la fenomenología; la realidad, que había sido rescatada por el positivismo.

En síntesis, la verdad para el hombre es la revelación de su propia vocación. La función del maestro es aquí de mediación. “El maestro es mediador entre la luz y la ignorancia, entre la razón y la confusión en que inicialmente suele estar todo hombre.”. Es “mediador con respecto del ser en tanto crece, y crecer para lo humano es no sólo aumentar sino integrarse”.¹¹ “Toda vida está en principio aprisionada, enredada en su propio ímpetu. El maestro ha de ser quien abra la posibilidad, la realidad de otro modo de vida, de la verdad.”¹² Maestro y alumno comparecen ante la verdad, se sacrifican ante ella. La verdad está por encima del juicio del maestro y del alumno, y su manifestación ocurre a través del diálogo.

El hombre es un ser que padece la trascendencia de su incesante despertar, siempre entre el sueño y la vigilia, entre la oscuridad de sus entrañas y la claridad de su libertad.¹³

El hombre queda reducido a su verdad cuando, a fuerza de penas, trabajos y renunciaciones, es despojado de todo, incluso, cuando parece salir de la historia, y quedar como en su orilla, como los exiliados. El hombre “despellejado”, “desnudo y desencarnado”, a la intemperie, en el desierto, ahí es donde “está más cerca de ser criatura de la verdad que personaje de la historia”, queda despojado de sus ídolos y de sus máscaras.¹⁴ Zambrano vive el exilio como un quedar más allá de “la tentación de existir” “de ser el existente en medio de una soledad dejada por el desamparo y el abandono”, dado que la existencia es reducto de la subjetividad moderna, despojada de su idealismo, reducida a mero estado de arrojado. Zambrano llega a entender el exilio como una vocación que se colma quedando fuera del mundo -afuera y adentro, en el ínfero-, en un lugar sin mediación alguna, “desierto sin fronteras”, sin espejismos, sin firmamento. Es la transparencia de que hablan los místicos.

El que busca el conocimiento es el que no abandona el sentir originario, el que no desoye ni desatiende la presencia no objetiva de algo, de un centro que a sí mismo y a su contorno trasciende”¹⁵

11. Ídem. p. 129.

12. Ídem. p. 133.

13. Ídem. p. 139.

14. Cf. *Persona y Democracia*, Madrid, Siruela, 1996 pp. 88.

15. Cf. Cuadernos del Congreso por la libertad de la cultura, núm. 49, París, p. 66 citado por p. 254.

Lo propio del hombre es abrir camino, porque al hacerlo pone su ser en ejercicio. El hombre es camino. La acción ética por excelencia es abrir camino, y esto significa proporcionar un modo de visibilidad, pues lo propiamente humano no es tanto ver como dar a ver, establecer el marco a través del cual sea posible una nueva visión de sí mismo, de sus posibilidades, de su vocación.

El hombre se encuentra ante la tarea de integrar razón, realidad, poesía, ensueños, música, visión del corazón. Educar, ser educado es hacerse transparente, dolorosamente, actualizarse como realidad única, en unidad y soledad, en el lugar donde anida y se gesta la persona, la individualidad de cada quien, en doloroso parto, y se desarrolla en todas sus dimensiones, normalmente con otros, pero también abandonado por los demás, en el exilio, el forzoso y el voluntario.

Puede decirse, con Zambrano, que la verdad que educa al hombre es la que está enraizada en sus sentimientos, sus deseos, sus sueños, su piedad, es decir, su trato con lo sagrado. Es lo más profundo que hay en la persona. Lo que la va integrando, haciendo crecer, llegar a ser ella misma, descubrir su vocación. Esto significa que le permite descender al fondo de sí, ensimismarse hasta llegar a lo que no es ella, a dar con el “rostro que cada quien lleva en dibujado en sus entrañas”, y luego salir, revelarse. Esto ocurre entre los otros, por mediación de otros, en la historia.

Todos somos, en cierto sentido, maestros: *magis*, maestro, alumno, rostro, discípulo, mediación para que cada persona sea más, viva más, crezca, florezca.

Este tipo de reflexión indica que la racionalidad humana está sustentada por algo que no se identifica con la subjetividad, entendida en un sentido autónomo y autosuficiente, que crea y produce desde sí misma su capacidad racional.

3. El misterio de la verdad buscada.

Muchas de las cuestiones que se suelen plantear como problemas filosóficos sólo se iluminan si se les considera bajo un punto de vista distinto: el del misterio. El misterio es una realidad cuyas raíces se hunden más allá de lo meramente problemático, porque, quien pregunta por su realidad, no puede colocarse fuera o frente a él. Gabriel Marcel reivindicó, para la filosofía, la importancia fundamental del misterio, contrapuesto al problema, como una categoría epistemológica fundamental. El contexto es una crítica al positivismo, al empirismo y al subjetivismo. Su planteamiento es meta-positivista, en un sentido preciso:

“El misterio se corresponde con lo que de buena gana llamaría meta-técnico, hay que entender por esto la esfera inquebrantable a la que jamás tendrán acceso las técnicas. Lo que con toda seguridad podemos afirmar es que nunca se va a construir una máquina capaz de interrogarse acerca de sus condiciones de posibilidad de límite de su eficacia, aquí es donde aparece la interna conexión entre relación y misterio que está en el origen de toda mi obra.¹⁶

El hombre contemporáneo se ha acostumbrado a explicaciones científicas y pseudo-científicas de lo que una visión positivista tiende a considerar como “lo meramente natural”, en el que todo se puede presentar como problema (teórico y técnico). Un problema es una cuestión susceptible de ser considerada de modo puramente objetivo. Quien se lo plantea, puede involucrarse en su respuesta o solución, como un buen matemático, pero el proceso mediante el que se resuelve se hace a través de la abstracción del sujeto. La objetivación se logra mediante una distancia que pone al observador fuera de la cuestión.

“Un problema es algo que encuentro, que veo íntegramente delante de mí, pero que por eso mismo puedo asediar y reducir, mientras que un misterio en lo que yo mismo estoy comprometido y que, por tanto, sólo puede pensarse como una esfera, en la que la diferencia entre lo que está en mí y lo que está frente a mí pierde su significado y su valor inicial. En tanto que un verdadero misterio puede resolverse con la técnica adecuada con la cual se define, un misterio trasciende por definición toda técnica posible. Sin duda, siempre cabe la posibilidad (lógica y psicológicamente) de degradar un misterio para hacer de él un problema.”

El misterio no equivale a lo incognoscible. Reconocerlo es un acto positivo en función del cual toda positividad puede reconocerse rigurosamente. Se trata de un cierto modo de intuición que sólo se capta a través de modos de experiencia en que se refleja, y que ella misma ilumina mediante una reflexión.

La reflexión puede ser a dos niveles. En el primero, se captan los datos, los hechos, los fenómenos, es decir, la inmediatez de la experiencia. En el segundo, la reflexión vuelve sobre los datos de lo ya conocido, experimentado

16. El exilio educó a Zambrano, la llevó a encontrar un “centro descentrador”, al abrazarlo, al adentrarse en él, pudo “rescatar lo irrenunciable”, el sueño sumergido, fracasado o mal soñado” de toda una época, de una tradición; la llevó a vivir en un tiempo utópico radical, desubicado, como transparencia de lo que no tiene lugar: “la ciudad no habitada, la historia que desde el principio quedó borrada”. El exiliado “vislumbra, pero sobre todo “transluce”, es una figura de mediación, su ser consiste en transparentar, anda proponiendo ver para verse. Por su condición desnuda e irreductible es como un “Dios sin máscara”, le ha arrancado un poco de verdad a los inferos, como Antígona, que revela la nueva Ley de la Polis. El encuentro con la verdad pide liberar al presente de su indigencia. El exiliado pide dar, de lo que nunca perdió y de lo que ha ganado: la libertad que se ganó y la verdad que ha ido ganando en esa especie de vida póstuma que se le ha dejado” (p. 70). Cf. María Zambrano, *Los bienaventurados*, Ed. Ciruela, Madrid, 2003, pp. 60 y ss ; En este punto existen semejanzas con la caracterización que hace Marcel del “misterio del Ser” como “lo inobjetivo”. A diferencia de éste, Zambrano vivió el misterio del propio ser como vivido como quien está más allá de las circunstancias, de “su cerco”, en el exilio. Marcel, lo vincula a la situación concreta que le toca enfrentar a cada persona.”

y vivido, sobre el fondo vivo de la experiencia que abre a lo “supra-sensible”, lo “meta-problemático”, que está ahí para cualquiera que se detenga a meditarlo.

“El medio inteligible -dice Marcel a propósito de la segunda reflexión- así sea difícil la definición de su naturaleza, porque no es solamente lugar de encuentro, sino de comunicación y voluntad de comunicar, es aquel donde deberá desplegarse toda nuestra búsqueda.”¹⁷

El valor fundamental de esta reflexión, que es lo característico de la filosofía, radica en que, al volver sobre experiencias vividas (amistad, amor, lealtad, justicia, verdad), buscando captar su sentido en profundidad, lo que a cada cual se le revela acerca de sí misma como persona humana, ocurre algo decisivo: se abre el acceso al Ser.

“El ser es aquello que no decepciona, hay ser en el momento en que nuestra espera es colmada, hablo de esta espera de la cual participamos por completo”, escribe en su *Diario metafísico*. “El ser es lo que resiste o lo que resistiría a un análisis exhaustivo que trate sobre los datos de la experiencia y que intentaría reducirlo a elementos de valor intrínseco o significativo”. También llega a escribir que “un conocimiento ciego del ser en general se halla implicado en todo conocimiento en particular.”¹⁸

Marcel consideraba que uno de los rasgos característicos del mundo contemporáneo consistía en la pérdida de ésta exigencia ontológica. En un mundo en el que todo se reduce a problemas por resolver el hombre se ve reducido a las funciones que desempeña, su personalidad se fracciona, su capacidad de asombro queda atrofiada y, en consecuencia, pierde el sentido del misterio del ser, que podría recuperarse al reflexionar a fondo sobre el sentido y el significado de la propia experiencia. El punto de partida es lo concreto. La segunda reflexión nos permite descubrir que hay el misterio, en el que estamos envueltos, y nos abre un acceso al Ser, a la realidad propiamente espiritual que lo envuelve todo.¹⁹ La reflexión segunda, caracterizado por Marcel como un movimiento de conversión, brota de una intuición del Ser que no se reflexiona ni puede reflexionarse directamente. “Ella ilumina, al volverse hacia él, todo un mundo de pensamientos que

17. Cf. *Los hombres contra lo humano*, op. Cit. La filosofía de Marcel puede ser entendida bajo la clave de la participación. Por medio de ella Marcel buscó superar la oposición entre objetivismo y subjetivismo, superando al mismo tiempo tanto el idealismo como el empirismo.

18. “El carácter filosófico tal como yo lo concibo, siguiendo a muchos otros, consiste en que no se desarrolla solamente dirigido al objeto cuya naturaleza pretende descubrir, sino que está al mismo tiempo a la escucha de un cierto canto que se eleva desde sí mismo a medida que cumple su trabajo.” Cf. *El misterio del ser*, op. Cit. P. 79.

19. Cf. Marcel, Gabriel, *Ser y tener*, Madrid, Caparrós, 1996, p. 36. Para una exposición lúcida del pensamiento de Marcel y de sus semejanzas con el de Martin Buber puede consultarse con provecho a Emmanuel Lévinas, “Martin Buber, Gabriel Marcel y la Filosofía” en *Id. Fuera del sujeto*, Caparrós, Madrid, pp. 35-54. Lévinas hace algunos cuestionamientos importantes a la contribución de ambos pensadores.

ella trasciende”.²⁰ Su existencia genera una seguridad interna, que subyace al desarrollo del pensamiento discursivo, a los “áridos caminos de la reflexión pura”.

Es importante destacar que, en contraste con ellos, Marcel experimentó en la música otro modo de acceso a esa realidad que fatigosamente se esforzaba por alcanzar. La música le otorgaba una “prenda permanente de ella”, como constata en un texto de 1959 (*La música en mi vida y en mi obra*). La música conjuga lo sensible y lo inteligible, sin la ayuda de lo conceptual. Ella es “portadora de verdad”, si bien no revela ninguna verdad particular, reducible a un contenido objetivable. Abre a un tipo de experiencia que obliga a pensar en la trascendencia de la Verdad - respecto del orden de verdades que son objeto del saber. No es este el lugar para profundizar en este interesantísimo aspecto. Baste mencionarlo aquí como un aspecto importante del esfuerzo de Marcel por superar la oposición entre el racionalismo de la inteligibilidad abstracta y una filosofía del absurdo, como la de Sartre.

Este intento supone dos momentos importantes: por una parte, a través de la afirmación de un orden del sentido y del valor, por el que jerarquizamos nuestras actividades, distinguiendo lo que nos hace acceder a lo mejor. Por otra, la afirmación de que nuestros valores no pueden darse sin relación con lo que está en el fondo de las cosas: el principio del ser que pide, en último término, un acto de fe, cuya raíz es de carácter intuitivo.

“La intuición misma se reduce, en el fondo, al acto por el cual el pensamiento afirma que él es, en sí mismo, trascendente a aquello que en él es pura objetividad. Él es, pues, en suma, un acto de fe, y su contenido no podrá explicitarse más que en una dialéctica práctica de la participación, por la que el pensamiento, superando el modo del saber, se acercaría por pasos sucesivos de creación al centro donde debe libremente renunciar a sí para hacer sitio a Aquél que es.”²¹

Marcel se opuso al espíritu de abstracción, en el que veía el origen de muchas formas de violencia. No obstante, el filósofo francés tuvo presente la importancia de que el pensamiento guarde un carácter sistemático, en el sentido de restaurar lo concreto por encima de las determinaciones desunidas y desarticuladas del pensamiento abstracto.²²

En el dominio de la metafísica el fin es el comienzo. La idea de una nueva zona del conocimiento, de algo totalmente inesperado o absolutamente nuevo, se aplica tal vez al terreno de los hechos, no a la verdad filosófica.

20. Una clara exposición de lo que Marcel entiende por misterio se encuentra en las Lecciones Gifford dictadas por el filósofo francés en la Universidad de Aberdeen, publicadas entre 1950 y 1951 bajo el título: *El misterio del ser* en: Gabriel Marcel, *Obras Selectas*, Vol. I, B.A.C., Madrid, 2002.

21. Cf. *Diario metafísico*, citado en G. Marcel, *Homo viator*, Sígueme, Barcelona, p. 325.

22. Cf. G. Marcel, *Diario metafísico*, p. 652, citado en *Homo Viator*, p. 324.

En este terreno todo lo que podemos conocer es ya en cierto modo conocido. No podemos llegar a ello si no partimos de una experiencia que ya la contenga de alguna manera.²³

En el orden del conocimiento y de nuestra psicología, puede decirse que nuestra actitud inicial anuncia el modo en que despertamos a la existencia. La actitud inicial que se adopte en el umbral del pensamiento es determinante respecto del tipo de respuesta a la pregunta por lo que puedo afirmar últimamente sobre la realidad. Mi modo de describir la realidad depende de mi postura frente a ello.

En el origen de la filosofía ha de haber una actitud de humildad. Sin ella nuestro pensamiento pierde su carácter filosófico y se queda en lo “problemático”. “No se trata de modestia, ni de abajamiento, ni de prudente hesitación antes de afirmar cualquier cosa, ni de la espera de la evidencia, como ocurre en la ciencia. Se trata de una actitud existencial: es el reconocimiento de que somos en algo que nos supera y en lo que estamos incluidos”.²⁴ El reconocimiento de la finitud, la experiencia de perdurar no siendo dueños de nuestro propio existir.

Esto nos lleva, por lo mismo, a reconocer que somos, en primer lugar, para nosotros mismos, un don, don que se renueva a través del tiempo (Del rechazo a la invocación). De ahí que no sea posible desligar la experiencia de los propios límites de una fuente que no podemos separar de nosotros mismos, dado que es por su presencia que existimos (Cf. *Homo viator*). No se trata de una actitud teórica. Por eso, la filosofía que brota de la humildad es antiteórica. Nuestro pensamiento no está contrapuesto a nuestro ser. Humildad y finitud son los manantiales del pensamiento humano.

En humildad somos capaces de vislumbrar el carácter inobjetivo del ser. La realidad que se encuentra en humildad no puede ser un “objeto”. Tampoco puede producir un sistema en sentido racionalista, porque el pensamiento sistemático florece en el terreno de la “objetividad”. La idea de lo “claro y distinto” es propia del “tener”, mientras que la realidad que la humildad revela no se puede poseer. Este estilo de filosofía se distancia de un razonamiento autónomo totalmente impersonal. El pensamiento es entendido como adhesión al ser, sólo se despliega como un continuo acto de humildad.

23. Cf. *Del rechazo a la invocación*, op. Cit., p. 34.

24. La metafísica no es la búsqueda de un objeto particular dentro de la experiencia, sino de las últimas implicaciones de la experiencia misma. La definición de fin está implicada en la experiencia con la que comenzamos. Si es posible un conocimiento final, éste ya es en cierto modo actual. Si podemos alcanzar lo trascendente, ya está inmanente en nuestra propia experiencia.”O no hay ni puede haber experiencia del ser, o esta experiencia nos está realmente garantizada.” Cf. (Marcel *Ser y tener*, citado por Gallagher, Kenneth, *La filosofía de Gabriel Marcel*, Razón y Fe, Madrid, 1968, p. 26). Ser significa aquí la realidad en cuanto más allá de la subjetividad. También se refiere a nuestra relación con el ser como plenitud, como trascendencia. “La totalidad del ser tiene una presencia actual e inevitable en cada punto” Lavelle. No existe el problema de “ir al ser, porque ya estamos en él” (Blondel, *L’etre et les etres*” París, Alcan, 1935, p. 9). Del ser tenemos una certeza primitiva inalienable. El absoluto está siempre presente a la conciencia).

En la más abstracta de las especulaciones hay siempre un compromiso fundamental, concreto y libre. La mente no permanece fuera del ser como un observador desinteresado y totalmente externo. Separado del ser, la mente sólo puede elaborar construcciones de un yo, que es pura construcción: transparente a sí mismo. Por eso dice Marcel que el reconocimiento de la no transparencia del yo es el supremo acto filosófico, la contrapartida intelectual de la humildad ontológica.

La “metodología de lo inverificable” es de fuerte inspiración agustiniana: *la experiencia de estar como sumergidos en el ser y en la verdad. “Para conocer la verdad, tenemos que estar en la verdad” (Agustín) Filosofar es, en este sentido, expresar el ser presente que se haya inexpresado. Esta expresión emana de nuestra libertad: al ser sólo se le puede declarar libremente. La presencia indudable del ser pide nuestro libre consentimiento.*

Por otra parte, el yo al que el ser está presente, no es un ego insular, solitario. No nos separamos de los demás para sumergirnos en el ser. La experiencia de ser brota de la comunión. Es experiencia de comunión: *esse est co-esse*. No hay yo sino en cuanto hay comunión. Mi yo no existe separado de otros yo. Llega a existir en comunión. Yo soy literalmente dado a mi mismo por otros. “Lo que comunica con la trascendencia son las ventanas de la experiencia interpersonal”.²⁵

La verdad nos abre al misterio. La conversión o reflexión segunda nos abre a la verdad.

Cuando se pregunta por la verdad, se corre el riesgo de querer considerarla fuera de una relación existencial, como dice el mismo Marcel, “fuera de un drama en el que existe la pasión y en el que, para una conciencia viva, cristaliza una situación que provoca una singular pasión, que es la pasión por la justicia y la verdad.”

Al preguntarse por la verdad, tomando en consideración la manera propia de buscarla en el ámbito científico, es posible constatar que, del conjunto de verdades parciales se desprende un pluralismo de los hechos, no elaborado en una doctrina. Marcel constataba, hacia 1960, la existencia de dos polos en cuanto a posiciones respecto de la verdad: el dogmatismo, en sus distintas formas, y su opuesto, el escepticismo, la atonía que, en medio de la incertidumbre y de la angustia, conduce a un abandono de toda iniciativa, desconfianza y responsabilidad. Estas corrientes morales generan el clima adecuado en el que pueden prosperar los sistemas de opresión.

La pregunta ¿qué es la verdad? es abstracta. No hay que olvidar que Marcel se opone al espíritu de abstracción. Este tipo de preguntas sólo tienen sentido

25. Cf. Gallagher, Ídem.

a la luz de situaciones concretas. En lugar de referirse a la verdad con la precisión de un concepto, Marcel propone más bien su *liberación* de abstracciones vacías.²⁶

Marcel no ofrece una definición de la verdad. Hace alusiones a ella cuando se refiere al “poder reverberante de los hechos”.²⁷ “Los hechos ejercen sobre el individuo una presión sorda que lo lleva a reconocer su necesidad de reconocer...”²⁸ El filósofo francés habla también del “espíritu de verdad”: “a la luz de la verdad puedo llegar rechazar la permanente tentación de concebir o representarme la verdad tal como yo desearía que fuera. A la luz de la verdad, en presencia de la verdad, todo ocurre, por oscuro que pueda parecer, como si esa verdad tuviera en sí misma el poder de estimular, como si fuera susceptible de purificarme, a la manera del aire de mar o de la brisa fresca que se respira en los bosques.”²⁹ La verdad es un poder distinto de nosotros mismos que se nos entrega y se nos presta a cambio de un acto de aceptación. De ser así, se podría entender por qué es posible amarla hasta sacrificarse por ella.

El hombre encuentra al ser junto con amigos que participan de una búsqueda común, que participan de una misma comunidad ideal” de investigación.” Es la búsqueda incesante de una luz que se realiza en compañía. Ya en la búsqueda hay un cierto hallazgo.³⁰ Se da en el intercambio consigo mismo y con los demás en un medio inteligible. El hombre descubre que se mueve en ese medio por la misteriosa alegría que experimenta al amarla.

Sea cual fuere la definición concreta, el concepto de verdad hace referencia a algo que presenta consistencia y estabilidad absolutas. “Vivir conforme a la verdad significa en todo caso ponerse uno mismo en armonía, no sólo consigo mismo, sino con un imperativo que debe expresarse en nosotros y que no puede ser ahogado.” Aunque el carácter universal del imperativo no penetre la conciencia, se manifestará en situaciones específicas, como exigencia incondicional. Cuando se obra en contra de la verdad se va en contra del elemento espiritual que hay en ella y, al mismo tiempo, se comete una injusticia.

26. Cf. Gallagher, Keneth, La filosofía de Gabriel Marcel, p. 33; “intuición ciega, metáfora, Luz pp. 34- 40.
27. Cf. Gabriel Marcel, *En busca de la verdad y de la justicia*, Herder, Barcelona, 1997, p. 64. Verdad, justicia y santidad son conceptos que tendrían que considerarse en el mismo plano. “Lo santo debe considerarse como la raíz y como la referencia básica, sin que esté necesariamente ligado a un credo determinado. Porque se observa que, en la misma medida en que la vida es desposeída de santidad, también los valores de justicia y verdad se secan y quedan completamente exangües.” (Idem., p. 65). Marcel sugiere que todo aquello que llamamos justicia o verdad tiene su fuente en Dios, sólo respecto del cual la santidad tiene su significado pleno. En el plano de las situaciones concretas en las que lo que está en juego es la acción, la distinción entre verdad, santidad y justicia es resultado de una abstracción artificial”.

28. Cf. G. Marcel, *El misterio del ser*, p. cit., p. 70.

29. Ídem.

30. Ídem, p. 72.

El hombre tiene una disposición básica para ser testimonio creador dentro de las situaciones concretas que descubre en su situación histórica. La verdad, como opuesta a los intentos de objetivarla, es la realidad trascendente ante la cual se da el testimonio.

Marcel vio la importancia de no identificar la verdad con alguna doctrina. Para evitar caer en un relativismo destructivo, consideraba importante distinguir cuidadosamente la verdad de las concepciones de la vida, de los “ismos” que dividen a las personas. El hecho de que gentes que sostienen posiciones diferentes puedan crear un vínculo fraterno entre ellas, habla de una “luz” que los une, como por ejemplo, cuando asumen totalmente las consecuencias de las acciones en que se unen por una causa que trasciende sus puntos de vista particulares. En este contexto, las diferencias de visión sólo aparecen, desde el punto de vista de un pensamiento objetivador.

Como para Zambrano, la verdad tiene que ver con una *vocación* del ser humano. El hecho de que ésta pueda ser desatendida demuestra que la relación que guarda el hombre con la verdad y con la justicia está atravesada por la libertad. “Faltar contra la justicia significa contribuir a reforzar en uno mismo y en otros aquello que se opone a dicha vocación. Pero también significa contribuir de igual modo a ocultar la verdad en tanto espíritu y luz.”³¹

4. Sobre la verdad que nos educa en el contexto del mundo actual.

Nuestro mundo está demandando acciones inteligentes, realistas, correspondientes con la realidad. No podemos esperar nuevos “paradigmas” para dibujar lo que tenemos que hacer. Las verdades concretas ya son demanda: demanda de acción, de formación del juicio, valoración.

La vida cotidiana nos ofrece día con día elementos que podemos integrar para vivir en la realidad, estando entre las cosas como más nos conviene a todos. Para estar en la verdad. La información, en sus múltiples formas, es “bombardeo”, agresión, intromisión en nuestro interior. La dejamos pasar, afectarnos, sin darnos cuenta, y seguimos en nuestra función, nuestra tarea, sin reparar en lo que podemos hacer desde lo que nos interpela, sin discriminar, sin apropiación, crítica, conciencia, adopción de actitudes, opciones.

Vivimos en un mundo convulsionado y nos negamos a aceptarlo. El mundo funciona de acuerdo con una lógica despiadada, y nos damos cuenta. Las decisiones de los gobernantes obedecen a intereses y dinámicas de poder

31. Nota al pie de Mario Parajón en G. Marcel, *El misterio del Ser*, p. 77.

que reconocemos o intuimos, y que, a lo más, logran suscitar en nosotros un malestar, que nos deja en la impotencia. El mundo está configurado por decisiones que nada tienen que ver con la racionalidad, la bondad y la responsabilidad. Pareciera que aceptamos vivir dentro de una cloaca dentro de la cual construimos islotes habitables, llenos de magia, diversión y evasiones.

El mundo de los medios, de las películas, del Internet es el pan cotidiano, a veces hasta el hartazgo, que alimenta a miles o millones de niños, jóvenes y adultos. Videos y películas de todos los temas, variaciones mitológicas sobre la sacralidad perdida en el mundo, que intenta ser sustituida por la magia; erotismo y sexo en discordia, en formas humanistas o perversas; conflictos históricos y mundiales en distintas versiones; lecturas de “la realidad” a los ojos de cineastas que se enriquecen de la necesidad de “pasar el rato”.

¿Ofrecen estos hechos el material educativo básico de las verdades que nos podrían educar? ¿No habría que hacer de la necesidad virtud, aceptar la realidad impuesta por los medios, el consumo voraz y encauzarlo desde las escuelas, y todo tipo de centros educativos para aprender a apreciar lo que vemos, a discernir su valor de verdad histórica, lo que nos enseña de la sociedad, para afinar nuestros criterios de bien y de mal, formar nuestra conciencia, descubrir lo que hay en el corazón del hombre, sus posibilidades y sus abismos?, ¿no podemos encontrar estrategias de acción común, riesgos y posibilidades?, ¿no demanda el momento histórico de una acción creativa, comprometida al máximo entre padres e hijos, por aprender juntos de todo cuanto se introduce en la mente y en los corazones de la humanidad, día con día, a velocidades de vértigo?, ¿son el hombre y la mujer, en su grandeza inagotable, la preocupación de los educadores y los centros educativos? ¿Habrá que aceptar vivir en medio de la ambigüedad, de la hipocresía, del compromiso fácil, de la barbarie aceptada en mediocridad?

Vivimos en un mundo de energéticos escasos. Si no se adoptan medidas en 20 años, el panorama del futuro inmediato es catastrófico. Dejamos que esos sean augurios de radio, dejamos que sean unos cuantos grupos los que trabajan y “hacen conciencia”, mientras que parece que nuestro deber está al margen de las acciones colectivas que demanda la seriedad del momento histórico. El agua escasea y no nos escandaliza el dispendio propio ni el que hace el vecino.

Estas son verdades concretas. ¿Educan? ¿Importa la verdad?, ¿nos interesa que se encarne en nosotros?, ¿qué se apodere de nosotros como convicciones?, ¿queremos correr por el camino del escepticismo, del cinismo, del fanatismo dogmático o el fanatismo de la duda?, ¿amor a la incertidumbre, al abismo

o a las humildes verdades que encontramos, que nos salen al paso en los encuentros, en los diálogos, en las personas que son verdades porque transparentan el ser que son, la sed y el hambre que padecen?, ¿vivir más allá del bien y del mal, más acá o en la conciencia de que estamos expuestos al error, de que es condición humana aprender de ellos?, ¿no es ese aprendizaje, aprehender verdad?, ¿no nos educa nuestra condición asumida, amada, de puesta en la verdad que nos sostiene?

Siempre que buscamos lo que es, lo que son las cosas, buscamos verdad. Buscarla y encontrarla nos hace hombres, mujeres, niños, ancianos, adultos, a cada cual a la medida de su búsqueda y del don de su encuentro. “La verdad del hombre, es lo que lo hace hombre”. Nuestra verdad es la gran necesidad que tenemos de salir de la tiniebla, por cuanto está en nuestro querer y en nuestras posibilidades. Y aceptar que también ella nos habita, puede corroernos, hacernos daño, o simplemente ser la contraluz de cuanto hay de verdad en nosotros, como capacidad de verdad, como ansia de luz, de revelación, de lo que es, simplemente

Hace falta tener confianza en la verdad y en que el hombre es capaz de verdad. La verdad se le presenta al hombre pidiendo su asentimiento, incondicionalmente. A su conciencia, se presenta como aquello a lo que tiene que obedecer. Cuando la tiene frente a sí, el hombre es capaz de negarla. Pero cuando la descubre en lo más hondo de sí, es iluminado por ella. Necesita de una luz para poder verla. Luz que, diría San Agustín, es la enseñanza del “maestro interior”. El hombre la busca, vive en la esperanza de alcanzarla. La verdad se busca porque se la ama.

La verdad que buscamos rebasa todas las verdades pequeñas, parciales, es la verdad absoluta, que nunca poseemos, pero que se refleja en cada fragmento de verdad. De hecho no poseemos ninguna verdad. Es más bien la verdad la que nos posee (Zubiri). La verdad está en el hombre, y el hombre puede estar en la verdad. Que en el hombre no haya verdad, es una triste verdad (“*homo mendax*”), pero por ser capaz de amarla, puede salir del error y del engaño. La verdad absoluta rebasa nuestra intelección. Nos atrae poderosamente. La podemos amar, y afirmar. Y tanto más la amemos, tanto más podremos acercarnos a ella, o ella iluminar nuestro finito entendimiento. Ese amor, en cierto modo, purifica el juicio y nos hace dignos de la verdad. Por el amor a las verdades pequeñas, somos llevados a la verdad, sin más. Postrado, el hombre puede reconocerla. La verdad es lo que merece la total postración del hombre.

¿Cuál es esa verdad? El hombre se hace digno de la verdad o indigno de ella. El hombre tiene que hacerse digno de ella, recibirla. La verdad educa al hombre, lo saca de sí, lo vuelca a lo que es. Cuanto más alto y sublime, más

lo saca de sí (*veritas semper maior*, la verdad siempre mayor). Esto vale para todo tipo de verdades, las matemáticas, las astronómicas, las religiosas, las éticas. Al mismo tiempo, lo sumerge en lo más profundo de su ser, y lo educa, lo induce a sí, lo mueve a entrar hasta el fondo que ya no es él (más íntimo que mi misma intimidad). La verdad educa: revela al hombre lo que le devuelve su humanidad, lo que la restablece en los distintos ámbitos de su vida, individual y colectiva.

5. Algunas conclusiones.

1. Cuanto más encarnada más es la verdad educadora del hombre. El hombre nace desde la verdad. Desde el seno materno, en el plasma germinal, en la célula madre, en la meiosis, la mitosis y todos los procesos por los que se constituye nuestro ser, que ya conocemos bastante bien, en lo que hay verdad. El hombre crece en la verdad, enraizado en ella, recibéndola. La verdad del amor o del rechazo, la verdad que lo sostiene, se le da, se le entrega, la verdad que lo alimenta (*Matrix educat, Magister docet*). Maternalmente, el hombre es educado por la verdad. Magistralmente, el hombre es instruido, preparado para la vida, para enfrentar la realidad, para ser: ser sí mismo, ser con otros, ser delante de otros y desde ellos, ser por ellos.

2. Crecemos en la verdad, y sin ella, morimos de inanición, de sed, nos evadimos, buscamos refugio, pero siempre en verdades, por pequeñas que sean, por incompletas. Y nuestra fragilidad apenas se sostiene en ellas. Y nos descalabramos, maduramos, a golpe de verdades. Nos pueden mentir, engañar, podemos incluso intentar engañarnos nosotros mismos, pero siempre por miedo a verdades que nos sentimos ineptos de enfrentar, incapaces de contener. Hace falta confianza, ser educado en la confianza para poder aceptar la verdad y permanecer en ella. Hace falta aprender a desecharla con todas las fuerzas, echar a andar el motor del deseo, que ya está operando desde las primeras preguntas, en las primeras palabras, en los primeros intercambios de miradas de la infancia. El hombre es capaz de verdad y se hace cada vez más, cuando se le educa a amarla, sin detenerse jamás. Busquemos como quienes ya han encontrado, encontremos como quienes todavía tienen que hallar, decía San Agustín.

3. La verdad que nos educa nos pone ante la urgencia de la acción en correspondencia con ellas, y de permanecer en ella. La verdad que educa suscita y conduce el deseo de saber, de discriminar entre los saberes aquellos que valen la pena, los que necesitamos, de los que estamos menesterosos. La verdad que nos educa nos muestra nuestra insuficiencia, nuestra menesterosidad, precisamente para que la verdad de cada cual sea compartida, conferida, hasta donde es posible, y purificada.

4. El hombre descubre permanentemente nuevas verdades que, a su vez, le plantean nuevos enigmas, lo lanzan a nuevos interrogantes, problemas. La inteligibilidad de lo real, a las cosas en su estructura inteligible. Y así, se le plantea una y otra vez la pregunta inagotable sobre su propio ser, entre el pasmo y el desengaño, entre el asombro y la decepción. La comprensibilidad del mundo le plantea un enigma aún mayor. La de su propio ser, tanto más, como ser capaz de comprender y, al mismo tiempo, de ser rebasado por la comprensibilidad de los fenómenos, de los hechos que se explican por un orden racional, lógico. El hombre se descubre a sí mismo como cifra inteligible, en demanda de comprensión, como abismo de preguntas y respuestas, como ser capaz de verdades que no es capaz de abarcar.

5. La educación puede descubrir, como sugiere Zambrano, que el camino que conduce al hombre a su verdad es un doloroso parto, un cierto modo de exilio, un descenso a las entrañas. La capacidad de poetizar la vida, el ser, son indicios claros de que el hombre puede acceder a ellos por medio de la poesía y la metáfora, de una razón poética, como auténticos modos de la verdad, como ha mostrado Paul Ricoeur.³²

6. La capacidad de guiar, formar y reformar el pensamiento, a través de un renacer siempre nuevo de las verdades que convienen al hombre, a cada generación, y a todos los pueblos. Su justa verdad, la que transforma sus vidas y las orienta. La verdad que le enseña a descubrir el ámbito de lo sagrado y a tratar con él. No a “re-sacralizar al mundo”, sino a penetrar en lo divino que ya lo permea. No a huir del sistema, sino a descubrirlo en contraste con el poema. No a huir de la historia, sino a buscar y descubrir en ella sus posibilidades de hacer de ella una historia de los hombres, no una “historia sacrificial”, sino una historia de las personas, de los pueblos, dentro de una democracia que reconoce que su suelo nutricional es la religiosidad del respeto a un orden.

7. Con Marcel, puede aprender a superar el reduccionismo que hace de las personas un haz de funciones, a involucrarse en la relación intersubjetiva en un encuentro en el que lo decisivo es que el otro sea afirmado por sí mismo; a describir la exigencia del misterio ontológico, del misterio de una participación en el ser, a rebasar el ámbito de lo problemático, reconociendo el misterio como aquello en lo que estamos involucrados, como el amor, la vida y la muerte. Sondar las posibilidades educadoras de la música, como modo de acceso al misterio y a una gran cantidad de verdades, intuiciones, certezas...; descubrir en el drama, en el teatro, posibilidades insospechadas de poner a prueba las verdades que creemos poder sostener desde un punto de vista meramente reflexivo; aprender a recuperar el significado de nuestras experiencias a través de una “segunda reflexión”, que va de lo cotidiano

32. Ídem, p. 73.

a su significado ontológico; a descubrir en la posibilidad de hacer de nuestras notas y anécdotas personales un verdadero “diario metafísico”, en el que lo vivido se convierte en la materia prima de una reflexión que nos conduce a plantear problemas filosóficos de gran envergadura, en lo concreto, con una clara referencia existencial y ubicado en las circunstancias; a cuestionarnos sobre nuestra condición de seres encarnados, peregrinos del absoluto, en medio de un clima de desánimo en el se corre el serio peligro de sucumbir, detenerse, capitular; a explorar el sentido de la invocación de una presencia, y del poder estar presente a otros

8. La verdad que educa es la verdad encarnada, la de un ser en situación ligado a un cuerpo, y se revela en la palabra, el diálogo, la poesía, la amistad, la comunión y el rostro de las personas, como vieron y enseñan Zambrano y Marcel.

9. El punto de confluencia, la intersección de sus miradas, tal vez sea la obediencia, el acatamiento y la entrega. Sólo en la obediencia se revela la verdad al hombre. Sólo en la entrega del hombre, le es donada la verdad.

Concluamos este artículo citando al poeta indonesio Francisco Budi-Hardiman: *La verdad no espera nada. No es un enigma ni un misterio, pero no podemos contemplarla, ni sostenerla entre las manos, porque no nos pertenece. La verdad tiene una mirada discreta de niña, es el espejo de lo mejor que hay en los hombres o entre ellos, cuando, como imantados por ella, giran 180 grados en dirección a los otros.*

Bibliografía

1. Carr, David, *Education, Knowledge and Truth, Beyond the postmodern impasse*, Routledge International Studies in the Philosophy of Education, Londres, 1988.
2. Zubiri, Xavier, *Naturaleza, Hombre, Dios*, Editora Nacional, Madrid.
3. Zambrano, María, *Horizontes del liberalismo*, Madrid, Morata, 1986.
4. Ricoeur, Paul, *La metáfora viva*, Ediciones Europa, Madrid, 1980.
5. Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Ed. Ciruela, Madrid, 2003.
6. Marcel, Gabriel, *Ser y tener*, Madrid, Caparrós, 1996.
7. Marcel, Gabriel, *En busca de la verdad y de la justicia*, Herder, Barcelona, 1997.